

PRIMER SERMÓN

Quiero que observen que David salió al encuentro con Goliat *solo*. Nadie se atrevía ir a la batalla con él. El que debía ir, el Rey Saúl, no quiso. David se enfrentó a la necesidad de la hora *solo*. Muchas veces tenemos que hacer lo mismo. Cuando estamos enfrentándonos a los gigantes personales en nuestras vidas (un pecado difícil de vencer, el miedo, la inercia, la pereza, etc.), tenemos que hacerlo solos. Cuando la gigantesca necesidad de la hora demanda acción, y nadie quiere hacer nada, y los que deben actuar no se mueven, tenemos que estar dispuestos a salir al encuentro solos. En el versículo 46, David enfatizó que estaba solo diciendo, “Yo te mataré y te cortaré la cabeza. Hoy mismo echaré los cadáveres del ejército filisteo a las aves del cielo y a las fieras del campo”. Parece que David estaba dispuesto a pelear no solo contra Goliat sino contra todo el ejército filisteo y hacerlo solo.

Sin embargo, David no entró en la batalla sin prepararse. Llevó su bastón, su honda y su bolsa. Fue al río y recogió cinco piedras lisas (40). El agua había fluido sobre esas piedras y las había limpiado y pulido. Sin embargo, estaban inertes hasta que David las recogió. Estas piedras lisas representan a los cristianos, bautizados con agua, hechos limpios, pero todavía inactivos. Están inertes, no hacen nada. Deben hacer algo, pero quizás nadie los ha ayudado a entrar en la batalla. Quizás están listos, esperando que alguien los invite, los llame, los reclute.

David ganó la batalla con una de las piedras. Quizás utilizó las otras cuatro contra otros filisteos, pero no habría ganado al gigante sin por lo menos una piedra. Por lo tanto, hermanos, estén dispuestos a salir solos si es necesario, pero procuren llevar consigo por lo menos otro cristiano para que él o ella también pueda ayudarles en la batalla.

SEGUNDO SERMÓN

Quiero que observen que David ganó la batalla con su fe. Rehusó depender de la armadura de Saúl (39). No llevó ni siquiera una espada sino solo sus armas de pastor. Su declaración ante el gigante claramente mostró en quién confiaba: “Tu vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo contra ti en el nombre del SEÑOR Todopoderoso, el Dios de los ejércitos de Israel, a los que has desafiado. Hoy mismo el SEÑOR te entregará en mis manos [. . .] y todo el mundo sabrá que hay un Dios en Israel. Todos los que están aquí reconocerán que el SEÑOR salva sin necesidad de espada ni de lanza. La batalla es del SEÑOR, y él lo entregará a ustedes en nuestras manos” (45-47).

Nosotros también estamos en una batalla, como Pablo explicó en Efesios 6:10-17. Dios nos da armadura suficiente para ganar esta batalla, pero tenemos que ponérsela y usarla. La armadura tiene varias piezas, pero David enfatizó una de las piezas, sin la cual, las otras no pueden funcionar: la fe. David avanzó en fe como arma ofensiva, y Pablo dice que la fe funciona como arma defensiva para protegernos de las flechas encendidas del diablo. Por lo tanto, hermanos, cuando salgan a enfrentarse con los enemigos espirituales, tengan fe en Dios y vencerán hasta a los espíritus malignos.

TERCER SERMÓN

Quiero que observen quién era David cuando salió a enfrentarse con el gigante. No era cualquier creyente sino el rey ungido de Dios, puesto que Samuel lo había ungido en el capítulo anterior. Faltaban años hasta que empezara a reinar, pero ya era el ungido. Como ungido, no salió a pelear su propia batalla. Tenía responsabilidad por el pueblo que algún día iba a gobernar. Como el Rey Saúl rehusó cumplir con su responsabilidad, ésta cayó en David. Cuando David escuchó el desafío de Goliat, lo que lo molestó fue que el gigante se atrevió a desafiar “al ejército del Dios viviente” (26). Como el futuro comandante de ese ejército y con la abdicación del actual comandante, David tuvo que actuar.

Además, la batalla era representativa: todo el pueblo participaría en la victoria o en la derrota de su campeón. David no peleó por sí mismo sino por el pueblo de Dios. Así que, el ungido de Dios salió en el nombre de Dios para pelear la batalla de Dios a favor del pueblo de Dios. Ya que David decapitó al gigante, todo el pueblo de Israel salió para participar en la victoria de su campeón.

Cuando Jesús llegó, era llamado Hijo de David y Cristo (Mesías o Ungido). ¿Qué hizo? Lo mismo que David: El ungido de Dios salió en el nombre de Dios para pelear la batalla de Dios a favor del pueblo de Dios. Diferente a David, Jesús no ganó la victoria matando, sino siendo matado. Por su muerte, nosotros participamos en su victoria sobre el pecado, la condenación, la muerte y el diablo.

Hebreos 11:32 brevemente menciona a David como hombre de fe, cuya fe debemos imitar. Aun así, el aspecto más importante de la fe no es su tamaño sino su objeto. El objeto es Jesús, el Ungido de Dios, el Hijo de David, quien ya ganó la victoria y la ganará a favor nuestro.